

Prólogo

Boston, 20 de abril, 1964

Hacía un día horrible. Copos de nieve se convertían en aguanieve y golpeaban la cara de Paul Hoffman mientras calentaba en Hayden Rowe, muy cerca de la línea de salida de la maratón. El viento, pensó, venía del noreste. Malo. Midiendo más de metro ochenta, Paul era un objetivo voluminoso para el viento, que le vendría de cara durante la mayoría de los siguientes cuarenta y dos kilómetros y ciento noventa y cinco metros.

Paul era muy alto para ser corredor de larga distancia, demasiado alto, pero por lo menos tenía la complexión nerviosa necesaria. Era delgado y acababa de cumplir los veintitrés. Siempre había sido atlético, pero el atletismo le encajaba mucho mejor que cualquier deporte que había probado. Especialmente la larga distancia. A Paul le gustaba estar solo, y no funcionaba particularmente bien en equipo. Le encantaban las largas y solitarias horas de entrenamiento, y le gustaba la sensación de luchar él solo contra el mundo.

A parte de su estatura, no había demasiadas cosas que le distinguieran de los demás corredores: su pelo negro estaba cuidadosamente cortado, corto por detrás y por los lados, con la raya a la izquierda; tenía la cara delgada. A pesar de que era la estrella de su club de atletismo local, Paul no era nadie en esos círculos. Permanecía en el anonimato, situado en la parte de atrás del grupo de salida.

Eso estaba a punto de cambiar. Es esta fría mañana, Paul se sentía excitado y nervioso en igual medida. No había corrido una maratón nunca, ni siquiera entrenando y, sin embargo, había decidido comenzar por arriba. La de Boston es la maratón de ciudad más antigua del mundo, la carrera de las leyendas. Si eres un corredor de larga distancia, ésta es la carrera que importa. Normalmente intentas llegar a ella después de intentar un par de maratones menores, y así entrenas tu ritmo. Pero Paul Hoffman nunca estuvo interesado en los preámbulos. En su Canadá natal, se animó a sí mismo, en soledad, milla tras milla sobre las colinas del escarpado de Niágara, y después, mientras escribía tranquilamente las últimas distancias y tiempos en su cuaderno de atletismo, calculó cómo se traducirían sus esfuerzos en una maratón completa. Cada vez, se fijaba una velocidad: seis minutos por milla. Ése era el límite mental. Si podía mantener aquel ritmo a lo largo de toda la maratón, conseguiría el más que respetable tiempo de poco menos de dos horas y cuarenta minutos. En cuanto Paul calculó que podría mantener el ritmo, envió los formularios de inscripción.

Llegado el momento, en un día frío y nublado, aparecían las dudas. ¿Y si había calculado mal? ¿Y si se quedaba sin fuerzas antes de la meta? ¿Hasta qué punto se podía forzar al principio? Nunca recorrería la distancia. Incluso el público le resultaba amenazador. Paul nunca había visto tantos espectadores en una carrera. Era el Día del Patriota –el día que conmemoraba el «disparo escuchado por todo el mundo» en que comenzó la Revolución americana– y a pesar del mal tiempo, los ciudadanos de Massachusetts había salido a la calle masivamente.

La carrera comenzó al mediodía. Desde la salida, el recorrido bajaba por una ladera en una larga y suave curva, pidiendo a Paul que estirara las piernas y fuera más rápido. Resistió el impulso. «Sigue respirando», se decía. «Concéntrate. ¿Cómo me siento? ¿Cómo me siento de verdad?». Sus piernas parecían frescas y llevaba un buen ritmo.

El viento le golpeaba en diagonal desde la derecha. Algunos corredores se agazapaban detrás de otros para resguardarse. Pero Paul seguía con la carretera haciéndole frente. Si corría detrás de alguien, su zancada se veía truncada. Prefería afrontar el viento.

El campo se extendió ante ellos, y el grupo de cabeza se perdió de vista. Paul avanzó hasta el segundo grupo, que contaba con seis corre-

dores más. Entraron en la ciudad de Natick bajo una ola de aplausos del público. «Tienes buena pinta», le gritó alguien. «¡Adelante!». Un reloj en lo alto de una torre se veía a la izquierda, con las manillas indicando las 12,56. Habían estado corriendo durante exactamente cincuenta y seis minutos. Natick estaba a diez kilómetros, y a seis minutos por milla deberían estar más cerca de la una en punto. «Vamos demasiado rápido», gritó Paul al corredor que iba a su lado. Ninguno de los dos bajó el ritmo.

Al otro lado de la ciudad, el grupo entró en una carretera bordeada por árboles invernales. Miles de estudiantes habían salido de los edificios del venerable Wellesley College a su derecha. Era el peligro de Wellesley, una tradición que Paul se habría ahorrado. Una pared de gritos y chillidos desgarró las orejas de Paul mientras sacudía la cabeza irritado y seguía adelante.

Pronto el volumen de los gritos bajó y de nuevo pudo reconocer las palabras de los espectadores. «¡Paul! ¡Vas decimoquinto!» Decimoquinta posición. Estaba impresionado. Era mejor de lo que esperaba.

Había cuatro corredores inmediatamente delante de él. Eso significaba que había diez personas fuera de vista en el grupo de cabeza. Diez personas. Diez trofeos. Si Paul podía dejar atrás al resto de su grupo y superar a uno solo de los líderes, estaría entre los diez primeros. De su primera Maratón de Boston volvería a casa con un trofeo. La carretera descendió de repente colina abajo. Al final estaban las Cascadas Newton y la primera de las subidas. Paul sabía que era bueno en las subidas. Corrió el riesgo, alargó su paso y aumentó el ritmo, dejando atrás a los otros cuatro.

Dentro... fuera... dentro... fuera... respirar era cada vez más complicado. Ya no se aguantaba nada. Ahora iba a tope, tan rápido como podía. Los gritos eran cada vez más agudos. «¡Vas undécimo! ¡No hay nadie detrás de ti!»

Quedaban seis millas y Paul entraba en terreno desconocido. Sabía que su cuerpo pronto se quedaría sin reservas de azúcar y comenzaría a quemar grasa. El azúcar da energía instantánea. Pero la grasa es una reserva de energía a largo plazo, que no está preparada para fuertes y sostenidos esfuerzos. Cuando comienzas a quemar grasa, estás en las últimas. De repente tus piernas parecen plomo y tus brazos ya

no tienen fuerza. Esto sucede en momentos diferentes según la persona, pero suele ser poco después de las dos horas. Por eso las maratones son tan duras. Paul no tenía ni idea de cuánto le durarían sus reservas de azúcar.

Otra colina apareció delante, el lugar de uno de los dramas más famosos de la Maratón de Boston. En 1936, el anterior campeón Johnny Kelley alcanzó aquí a un joven Indio Narrangansett, Ellison Myers *Tarzán* Brown, que había estado liderando la carrera. Kelley dio una palmada en el hombro de Brown cuando le alcanzó. «Buena carrera», decía el gesto. «Adiós». Brown respondió con una subida de ritmo instantánea. Era atletismo de manual. Cuando alguien acaba de hacer un esfuerzo supremo para alcanzarte en una maratón, necesita correr a tu lado un rato. Arranca de nuevo, y le romperás el espíritu. En este caso, también el corazón. Brown siguió adelante hasta ganar la carrera mientras Kelley acabó quinto. Y la subida fue inmediatamente apodada «la Colina Rompecorazones».

Ahora Paul estaba solo, sin corredores a la vista delante o detrás mientras subía por la Rompecorazones. En la cima, adelantó a dos corredores exhaustos que se habían descolgado del grupo de cabeza. Estaban hechos polvo. Sintió un impulso de júbilo. ¡Eso significa que voy noveno! ¡Estoy en novena posición!

Sus piernas todavía le funcionaban, no había indicios de calambres. Pero su cuerpo le gritaba. Toda su concentración estaba dedicada a ignorar el dolor.

Giró a la izquierda por la calle Beacon, dirigiéndose hacia la ciudad por la larga y recta calle antes de las últimas curvas. Bastante lejos de donde él estaba brillaba una señal que marcaba las veinticinco millas. Se moría de ganas de alcanzarla pero la señal no parecía acercarse. ¡Por favor, que se acabe ya! Ningún corredor a la vista. Sólo la multitud gritando. «¡Paul, vas noveno! ¡Paul! ¡Sigue corriendo!»

Cuando finalmente llegó a la señal, una leve subida en la carretera casi acaba con él. De alguna manera se forzó a seguir corriendo y girar a la derecha por la calle Exeter. Miró hacia atrás y vio a otro corredor acercándose con fuerza. Por delante, alcanzó a ver al grupo de cabeza por primera vez, e hizo un último gran esfuerzo. Comenzó a alcanzar a los líderes, pero el corredor que le seguía estaba a punto

de alcanzarlo. Al final, se les acabó la carretera. Paul cruzó la línea de meta en novena posición, bajo un estruendo como no había oído jamás.

En su primera maratón, Paul había llegado en dos horas, veintiocho minutos, siete segundos. Esperaba algo como dos horas y cuarenta minutos, un objetivo ambicioso que había superado con creces. El tiempo que había conseguido era de categoría mundial, y estaba a menos de catorce minutos del récord del mundo. Si quería, pensó de repente, podía hacer de esto su vida.

El verano de Paul ya estaba planeado. Estaba preparándose para ser un geólogo experimental, e intentaba ir al Ártico. El Geological Survey de Canadá le había ofrecido una plaza en una expedición a Keewatin, al oeste de la Bahía Hudson. Ya había hecho salidas de este tipo, pero sería la primera vez que lo haría como primer asistente, y se le permitiría hacer mapas geológicos de manera independiente. Entrar a formar parte del Survey era el sueño de Paul, y este trabajo de verano podría ser el primer paso.

Pero de repente todo parecía diferente. Estábamos en año olímpico, así que ¿debería intentar entrar en el equipo olímpico canadiense? ¿Debería abandonar su trabajo de campo de verano e ir a las Olimpiadas en septiembre? Ya era demasiado tarde para tener una oportunidad real de ganar la Maratón de Tokio, pero tal vez debería aparcarse un tiempo la geología y dedicar los próximos cuatro años a entrenarse para Ciudad de México en el 68.

Condujo de vuelta a Canadá aquella noche, con las piernas rígidas y doloridas, con las estadísticas dándole vueltas en la cabeza. Había corrido en dos horas, veintiocho minutos, siete segundos, a una media de cinco minutos treinta y nueve por milla y el récord del mundo estaba en cinco minutos diez por milla. Con entrenamiento intenso, ¿podría reducir veintinueve segundos por milla de su tiempo? ¿Podía aspirar a igualar el récord del mundo? ¿Estaría a la altura si iba a las Olimpiadas? ¿Era un campeón mundial? ¿Podía ganar?

Su mente iba de un lado para otro, pero siempre chocaba con la misma pared. Cinco minutos diez por milla. Era rápido. Podía correr a ese ritmo durante dos millas, tal vez incluso cinco. Pero no diez. Y si ahora no podía correr diez millas a ese ritmo, ni siquiera un entrenamiento intenso le permitiría aguantarlo durante toda una maratón. Podía hacer una buena carrera en Tokio, pero no podía

ganar. Por mucho que lo intentara, Paul no veía la posibilidad del oro olímpico.

Esa reflexión determinó su decisión. Si no podía ganar en los Juegos Olímpicos, no iría. Encontraría otro camino hacia la gloria. Cuando llegó el verano, estaba acampando en el alto Ártico canadiense, comenzando el arduo proceso de encajar las historias escondidas en las profundidades de las rocas.